

EL PRAGMATISMO TRASCENDENTAL DE CH. S. PEIRCE

ANTONIO MIGUEL LÓPEZ MOLINA
Universidad Complutense

RESUMEN

La tesis central de este trabajo es la siguiente: el conocimiento consiste en la construcción de teorías científicas, a partir de las cuales la especie humana puede dominar la naturaleza. Este dominio se manifiesta claramente en el progreso científico-técnico que ha permitido al ser humano sobrevivir tanto a los males naturales, como a todas las dificultades que conlleva el proceso civilizatorio. Peirce apuesta por una continuidad entre el proceso de aprendizaje colectivo del género humano a lo largo de su historia, y la actual institucionalización de la investigación en el plano de la ciencia organizada, cuya clave está en el desarrollo del método científico, que es el único que nos puede conducir a opiniones verdaderas. El resultado de este trabajo da lugar a dos conceptos de realidad complementarios: por una parte, consiste aquélla en la suma de hechos, acontecimientos y estados de cosas sobre los que ya hemos alcanzado o podemos alcanzar concepciones definitivas; por otra, la estructura de la realidad queda definida a partir de las funciones del lenguaje: significativa, denotativa y la pura función de “cualidad”.

ABSTRACT

The central thesis of this paper is as follows: Knowledge involves the construction of scientific theories, by which humankind has the capacity to dominate nature. This dominance is revealed clearly by the scientific progress which has enabled humankind to survive both nature troubles and problems attached to the civilizatory process. Pierce defends the idea of the continuity of the process of collective knowledge in humankind in the course of its history and the present institutionalization of research in scientific programs, based upon the development of the scientific method, the only one which enables us to reach true opinions. Two complementary concepts of reality come out of this work: on the one hand this reality consists in the whole of facts, events and matter of facts, about which we have already reached or we can reach conclusive conceptions, on the other hand the structure of reality is defined by the functions of language: representative, denotative and the mere function of quality.

El contexto trascendental en el que es objetivada la naturaleza por la especie humana es el proceso de aprendizaje colectivo y acumulativo en el que se encardinan cada uno de los seres humanos en el momento de acceder a la información que nos permite sobrevivir como especie. Entendemos por naturaleza un concepto muy amplio que abarca tanto el ámbito de lo inorgánico como el orgánico, incluido el cuerpo humano, y consideramos a la especie humana como un sujeto, cuya tarea primordial es la reforma de aquélla para su propio bienestar. El punto partida de la investigación peirciana es la *hipótesis de un progreso fáctico del conocimiento*. Peirce no cae en la actitud objetivista del primer positivismo (E. Mach). Sin duda alguna, a ello contribuyó su formación filosófica, a saber un buen conocimiento de la filosofía escolástica, especialmente del debate acerca del problema de los universales, de la filosofía de Berkeley y del legado kantiano, a lo que hay que añadir una reflexión madurada acerca de la experiencia central del pragmatismo, a saber, el postulado del *progreso científico*.

1. Ciencia y progreso del conocimiento

La experiencia del progreso del conocimiento en las ciencias de la naturaleza había motivado e impulsado a Kant a investigar las condiciones trascendentales del conocimiento en general. Esa misma experiencia había conducido a Comte y a los positivistas a identificar el conocimiento en su conjunto con la ciencia. Peirce fue el primero en reflexionar críticamente sobre el sentido de esta experiencia. Frente al primer positivismo y superando la postura kantiana, piensa que el progreso científico no puede servir sólo para motivarnos psicológicamente a considerar la ciencia como un conocimiento ejemplar, sino que más allá de ello, la *experiencia del progreso* es lo específico de la ciencia, es lo ejemplar de la ciencia, y es justamente lo que distingue a la ciencia moderna y actual de otras categorías del saber, de las otras formas del saber y de los otros tipos de conocimiento. “El progreso cognoscitivo, intersubjetivamente reconocido, de las ciencias teóricas de la naturaleza, es también el rasgo sistemático que distingue a la ciencia moderna de las otras categorías del saber”¹.

Se instala así Peirce en una experiencia filosófica que toma la *experiencia de la reflexión* como punto de partida. El objeto de la filosofía no consiste en el esclarecimiento, en la aclaración de la estructura lógica de las teorías

1. Habermas, J., *Erkenntnis und Interesse (Mit eininem neuen Nachwort)*. Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1973. Versión castellana de M. Jiménez, José F. Ivars y Luis Martín Santo. Revisada por José Vidal Beneyto. Ed Taurus, Madrid, 1982, p. 97. En adelante citaremos esta obra como *C.I*

científicas. La filosofía no tiene porqué ir detrás de los descubrimientos científicos para legitimarlos y justificarlos, no puede reducirse a ser *ancilla scientiae*, sino que más allá de ello, la tarea genuina de la actividad filosófica consiste en investigar la *lógica del procedimiento*, gracias a la cual se obtienen teorías científicas intersubjetivamente válidas. De este modo, la filosofía toma, de nuevo, el camino de la Teoría del conocimiento, obstaculizado por el primer positivismo y confirmado por el positivismo lógico con indudable éxito.

Para Peirce, una *verdad científica* consiste en una información sobre cuya validez se puede alcanzar un consenso no-coactivo y permanente que, sin ser definitivo, apunta, sin embargo, hacia dicha condición definitiva como su meta. Lo específico de la ciencia moderna no consiste, primeramente, en producir enunciados verdaderos acerca de la realidad, sino que lo que distingue singularmente a la ciencia de las otras categorías tradicionales del saber es el haber sido capaz de *encontrar un método* gracias al cual la comunidad científica puede obtener un consenso no-coactivo y permanente acerca de determinadas concepciones de la realidad:

“La investigación se distingue en principio, de los otros métodos, en que la naturaleza de la conclusión final a la que conduce está, en cada caso, predeterminada, desde el primer momento, sin relación alguna con el estadio inicial de la opinión. Si dejamos que dos hombres investiguen, con independencia uno del otro, una cuestión cualquiera y con la única condición de que lleven suficientemente lejos dicha investigación, llegarán a un acuerdo que en modo alguno se verá ya afectado porque prosiga la investigación”².

Lo que Peirce pretende afirmar es que la *investigación* consiste en un proceso en marcha, en el que nunca podremos estar seguros de haber llegado a conclusiones definitivas, pero que lo específico del método científico consiste en llegar a la certeza de que todo problema planteado de forma suficiente *debe encontrar una solución definitiva si el proceso de investigación es llevado lo suficientemente lejos*. En conformidad con ello, es preciso afirmar que lo que caracteriza a los enunciados científicos es cumplir esta doble condición: por una parte, todos los enunciados son falibles y, por tanto, revisables, puesto que la ciencia siempre está en continua revisión y expansión; por otra, el método científico es el único que puede otorgar respuestas a cada uno de los problemas científicos que se vayan presentando. No hay investigación sin problemas que solucionar; se trata de un proceso vivo, creativo, en el que el

2. “*The Logic of 1873*”, 319. En *Collected papers of Charles Sanders Peirce*. Vol. VII. Edited by Arthur W. Burks. Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1966.

final nunca está cerrado, en último caso, paralelo al devenir de la vida de la especie humana³.

Pues bien, ese progreso metódicamente garantizado por la ciencia moderna ha alcanzado su mayor éxito con la *institucionalización* que la ciencia ha hecho del proceso de investigación, gracias al cual designamos como concepciones científicas aquellas teorías que llegan a adquirir un reconocimiento intersubjetivo, sin coacciones, y de manera permanente. Hasta que el proceso de investigación no esté concluido, no podremos distinguir entre enunciados verdaderos y falsos, si bien se es consciente de que siempre existirá un ámbito de la realidad sobre el que ya hemos obtenido informaciones verdaderas en conformidad con los progresos de la misma investigación. De hecho, para Peirce, nuestra creencia en la *eficacia* del método científico nos empuja a pensar que “todos los futuros procesos de la investigación converjan hacia un estado, aunque indeterminado en el tiempo que pueda en principio anticiparse y en el que todas las concepciones vigentes sean enunciados verdaderos acerca de la realidad”⁴. Afirmaciones de este tipo, sólo pueden hacerse si se atribuye validez definitiva a la *hipótesis de un progreso fáctico del conocimiento científico*. Sobre esto hay consenso, pero también es revisable. Peirce proclama como método del conocimiento la *dialéctica conjeturas-refutaciones*. No se debe aceptar ninguna concepción como intersubjetivamente verdadera hasta que su validez no haya sido problematizada por una experiencia imprevista, pues, “el designio metódico de la duda por la duda es un designio abstracto”⁵. Así pues, nos encontramos que la apuesta pragmatista por un progreso de la investigación está basada en la certeza de que ha existido y existe un progreso histórico del conocimiento, y que ningún hecho ha alterado hasta ahora esta interpretación. Incluso el argumento del sentido común, que excluye la duda por la duda, presupone tal hipótesis, en conformidad con la cual “podemos contar con el eficaz funcionamiento de un proceso acumulativo y autorregulado de aprendizaje”⁶.

3. En este sentido, el Prof. Pérez de Tudela comenta lo siguiente en su libro recientemente publicado: “La ciencia es pues, ante todo, un *proceso*, un *camino*. El científico es un hombre al que anima un *Eros*: la pasión de la verdad por la verdad. La ciencia, en tal sentido, es específicamente un *método*; no un conjunto de reglas “externas” al propio desenvolvimiento y *crecimiento* (*growth*) del camino, sino algo “en marcha”, cuyo principio básico, aparte del propio *deseo de aprender* (esto es, de crecer en el conocimiento), no es sino el básico y generalísimo que pide, justamente que no se cierre nunca el proceso de investigación: *Don't block the road of inquiry*“. (*El pragmatismo americano. Acción racional y reconstrucción del sentido*, ed. Síntesis, Madrid, 2007, p. 66).

4. *C.I.*, p. 98.

5. *Ibid.*

6. *Ibidem*.

En la recensión de una edición de las obras de Berkeley, Peirce explica la hipótesis pragmatista de un progreso fáctico del conocimiento del siguiente modo: todo pensamiento humano y toda opinión contienen en sí mismos un elemento contingente, espontáneo, un elemento de error, que dependen de la finitud del ser humano, esto es, de los límites que son impuestos al individuo por las circunstancias, por sus capacidades y por sus inclinaciones. Sin embargo, uno de los impulsos más fuertes de la especie humana a lo largo de su historia ha sido la búsqueda y el hallazgo de aquella opinión definitiva (*final opinion*) a la que denominamos verdad: “Dése a cualquier ser humano suficiente información, hágasele reflexionar suficientemente sobre cualquier problema, y el resultado será que aquél llegará a una determinada conclusión que es precisamente la misma a la que cualquier otro habría llegado en circunstancias suficientemente favorables”⁷. Ello significa que para cada problema siempre existirá una solución específica a la que tiende la opinión de cada hombre. Esta se puede desviar por cierto tiempo y vagar entre las penumbras de la ignorancia y del error, pero désele más tiempo para reflexionar y, al final, la experiencia del pensar nos conducirá a la respuesta verdadera. Ahora bien, la historia nos ha enseñado que la mayoría de las veces ni el individuo, ni la generación a la que pertenece, pueden alcanzar toda la verdad, ya que están sometidos a todas las contingencias humanas y a la más penosa de ellas, esto es, a la muerte. Sin embargo, siempre quedará *una opinión definitiva* hacia la que siempre tenderá el espíritu humano en su conjunto y a largo plazo⁸. El trabajo de Peirce acaba con este bello texto: “Sobre muchos problemas se ha llegado ya a un acuerdo definitivo; se alcanzará en todo, si se da suficiente tiempo para ello”⁹. En último término, el proceso de investigación y de descubrimiento en el que la especie humana está implicada desde el comienzo de los tiempos es el resultado de una *adecuada proporción de tiempo, esfuerzo y recursos*.

De este modo, Peirce parte del hecho de que hay un *proceso de aprendizaje colectivo* del género humano a lo largo de su historia¹⁰, que en la época

7. *Collected papers of Charles Sanders Peirce*. Vol. VIII, 12. Edited by Arthur W. Burks. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1966.

8. “En su teoría falibilista del conocimiento, Peirce sustituye el principio “constitutivo” (en sentido kantiano) de la unidad del objeto del conocimiento por el postulado de la *ultimate opinion* infinitamente distante; o mejor, por el postulado de la validez del conocimiento *in the long run*. Haciendo esto introducía en el contexto de la fundamentación de la lógica del conocimiento todas las conocidas preguntas que Kant reservaba para el ámbito de la razón práctica”. (*El camino del pensamiento de Charles S. Peirce*, Kart-Otto Apel, trad. de Ignacio Olmos, Gonzalo del Puerto y Gil, Visor, Madrid 1997, p. 79).

9. *Ibíd.*

10. En *Meditación sobre la técnica y otros ensayos sobre ciencia* (Revista de Occidente-Alianza Editorial, Madrid, 1998), Ortega y Gasset lleva a cabo un estudio pormenorizado de los estadios de la técnica y de sus relaciones con la especie humana. Lo específico del ser

moderna ha adquirido una forma metódica en el plano de la investigación organizada. Gracias a esta institucionalización de la investigación, se puede garantizar un progreso regular en el ámbito de las ciencias de la naturaleza. ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad de ese progreso institucionalizado del conocimiento? ¿Cómo es posible establecer el tránsito entre el progreso autorregulado de los procesos de aprendizaje de la especie humana a una forma metódica de investigación, cuyo sujeto ya no es la especie humana que trabaja incesantemente a lo largo de la Historia, sino una *comunidad de investigadores*, cuyo proyecto y objetivo consiste en ir solucionando los problemas que la ciencia y la sociedad va presentando como prioritarios? En la autorreflexión habermasiana sobre Peirce, nos encontramos con una doble dimensión en el pensamiento del filósofo pragmático, a saber, epistemológica y ontológica. El legado peirciano da pie a ambas versiones y, si bien pueden presentarse como antagónicas y contradictorias entre sí, la hermenéutica habermasiana proporciona un marco de interpretación y desarrollo que nos lleva a plantearnoslas como diferentes versiones de un mismo problema. Así, la teoría de la ciencia es posible entenderla desde este doble punto de vista: como una lógica de la investigación científica, y como una ontología lingüística, basada en el realismo de los universales.

2. Lógica procedimental como teoría de la ciencia

Para Peirce, la ciencia es una de las acciones más importantes del ser humano, es una acción vital en la que aparecen perfectamente integradas las conexiones lógicas de los símbolos y las interacciones fácticas del obrar

humano es su capacidad creadora (inteligencia, memoria e imaginación), capacidad de reflexión de un ser que no es naturaleza, sino que tiene historia y cuyo objetivo consiste en dar cumplimiento a su proyecto vital. Toda técnica lleva consigo un ahorro del quehacer, que posibilita la invención de la vida humana. La clave para periodizar la evolución de la técnica es preciso buscarla en la relación entre hombre y técnica. Así podemos hablar de la *técnica del azar* (actos naturales realizados por toda la comunidad sin que el ser humano tenga conciencia de su capacidad de invención), *técnica del artesano* (a partir de un largo aprendizaje el ser humano llega a producir instrumentos, el artesano es a la par técnico y obrero) y la *técnica del técnico* (aparición de la máquina, del ingeniero, y de las relaciones entre ciencia y técnica). Desde otro punto de vista, J. Habermas, en *Ciencia y técnica como ideología* (Ed. Tecnos, Madrid, 1984) lleva a cabo un estudio de las relaciones entre técnica y política en el que podemos hablar de una *tecnificación de la política* y de una *politización de la técnica*. La característica del capitalismo avanzado es la institucionalización de un a investigación científica orientada a la revolución tecnológica y a su aplicación a la industria. Esto posibilita una alta tasa de crecimiento económico que se manifiesta en el incremento de los niveles de consumo, objetivo central de las masas. Así, los intereses sociales que definen el desarrollo tecnológico coinciden con los intereses práctico-pragmáticos del sistema. Técnica, ética y política coinciden en la nueva ideología total.

humano. Su núcleo constituyente es la lógica, cuya definición es la siguiente: “Es la doctrina de la verdad, de su naturaleza y del modo en que puede ser descubierta”¹¹. Así pues, la lógica consiste en una teoría de la verdad y es, por tanto, misión fundamental de ella analizar su naturaleza y proponer el método mediante el cual puede ser descubierta. En este sentido, la lógica de Peirce se presenta como una *lógica procedimental* que pretende ser una mediación entre la lógica formal (lógica de enunciados y de sistemas de enunciados, cuyo desarrollo consiste en relaciones formales entre símbolos) y la lógica material (trascendental) kantiana, cuya tarea consiste en hacer explícitas las determinaciones constitutivas del conocimiento insertas en la conciencia trascendental. Frente a ellas, el objetivo de esta nueva lógica de la investigación consiste en encontrar un concepto metodológico de verdad y en explicitar las reglas según las cuales pueden ser obtenidos enunciados verdaderos acerca de la realidad.

Esta nueva concepción de la lógica nos arroja una nueva imagen de la ciencia. Más allá de pensarla como saber ya adquirido, acabado y estático, se nos presenta como un organismo vivo, en constante expansión, como un proceso vital orientado única y exclusivamente a encontrar la verdad, cuyo sujeto ya no puede ser la conciencia trascendental, sino la especie humana en su conjunto, transfigurada en la ciencia como institución en *comunidad de investigadores*¹², cuya tarea se realiza en el ámbito de la acción comunicativa. Ésta (la comunidad de investigadores) se convierte en el verdadero sujeto del conocimiento en general, y de la investigación en el ámbito de las ciencias empírico-analíticas. Por ella entendemos un conjunto de investigadores ejerciendo su trabajo en torno a un proyecto común, cuyos rendimientos tienen que ser expuestos comunicativamente en los congresos específicos de esa área temática, en las revistas especializadas, y en todos aquellos foros (universidades, centros de investigación privados y públicos, etc.) donde se pueda establecer el marco adecuado para que puedan aparecer réplicas y contrarréplicas lo suficientemente potentes como para poder medir la fuerza de convicción de unos argumentos que tienden obligatoriamente a considerarse definitivos, si bien siempre se tiene siempre conciencia de su falibilidad.

11. *The Logic of 1873*. Ed. cit., 321.

12. Peirce tiene muy en cuenta en sus razonamientos el legado racionalista y empirista. De ahí que aluda constantemente al hecho de que ya no es preciso ocuparse de la naturaleza del entendimiento que, en su perspectiva, aparece superado por una teoría del sujeto como sociedad del conocimiento, de los investigadores, de las comunidades vivas, de individuos particulares.... Sólo en este marco tiene sentido el siguiente texto: “No tenemos, pues, por qué ocuparnos de la naturaleza del entendimiento. Sólo en cuanto existen facultades que pertenecen necesariamente a todo entendimiento, en tanto que éste es capaz de investigar, debemos tomarlas en consideración”. (*The logic of 1873*. Ed. cit, VII, 326).

a) Realidad y verdad

El proceso de investigación se convierte así en una praxis constitutiva del mundo. El conocimiento no es una mera descripción de la realidad desvinculable del sujeto cognoscente, sino que, muy al contrario, la realidad se constituye como objeto de las ciencias *sólo en el marco de las condiciones del proceso de investigación en su conjunto*. Peirce establece así un concepto de *realidad* absolutamente dependiente de la lógica de la investigación, al que corresponde un concepto metodológico de *verdad*. ¿Qué es la realidad? Desde su lógica de la investigación, Peirce no puede caer en una concepción objetivista de la verdad desvinculada del sujeto cognoscente al estilo de E. Mach, en la que el conocimiento se presente como una mera descripción de la realidad en términos ontológicos. Muy al contrario, Peirce propone un concepto *operacionalista* de verdad, en conformidad con el cual la realidad sólo puede ser constituida en el marco de las condiciones del proceso de investigación. La realidad es un concepto trascendental, pero la constitución de los objetos de la experiencia posible no viene fijada por la dotación categorial de una conciencia trascendental sino por el mecanismo del proceso de investigación en cuanto *proceso de aprendizaje acumulativo autorregulado*. Desde esta perspectiva metodológica, Peirce parece inmunizarse contra cualquier ontologización de los hechos¹³. Éstos nos son nada en sí mismos, lo único que existe son *interpretaciones*, enunciados verdaderos acerca de la realidad. Y se considera verdaderos aquellos enunciados *sobre los que es posible establecer un consenso no coactivo y permanente mediante el método científico*.

En este sentido, consideraremos la realidad, como la *suma de estados de cosas sobre los que podemos obtener concepciones definitivas*. Ahora bien, esta adecuación metodológica entre realidad y verdad no significa, de ningún modo, caer en un idealismo, porque Peirce afirma que más allá de nuestro conocimiento verdadero de la realidad, existe otra realidad que aún no ha podido ser suficientemente investigada y, por tanto, conocida, para la que Peirce nos ofrece múltiples acepciones: “cosa en sí”, “estímulos singulares primarios”, “impulsos primarios independientes”, “apremio de la realidad”, “la cualidad”, etc. Estamos aquí ante la realidad como *problema*, ante la rea-

13.Sin embargo, asistiremos a lo largo de esta investigación a la doble construcción del concepto de realidad-verdad que atraviesa la obra peirciana, pues junto a una concepción metodológica o epistemológica, Peirce no puede llegar a renunciar a un planteamiento ontológico, que le conduzca a considerar la realidad en sí misma como un estado de cosas contingente que está ahí y que es aprehensible desde el lenguaje, desde categorías lingüísticas, o desde una especial fenomenología. De cualquier modo, esa doble dimensión del concepto de realidad nos da pie par asistir a la experiencia de la complejidad, de la dualidad de interpretaciones, de la riqueza explorativa del pensamiento de Peirce.

lidad antes de ser tamizada por el proceso de investigación. No se trata, desde luego, de una realidad estática, sino que se la define como dinamismo, como tarea, como *aporía*, como problemas que van apareciendo en la medida en que el proceso de investigación va solucionando los distintos asuntos con los que se encuentra. Ello nos indica que la realidad no es independiente del pensamiento en general, pero sí lo es de lo que cada sujeto o cada comunidad de investigadores piense en un momento determinado de la historia. No obstante, la falibilidad humana no puede aplazar indefinidamente la opinión verdadera acerca de los diferentes modos de ser de la realidad, sino que la verdadera opinión será siempre aquella a que la especie humana pueda llegar en última instancia¹⁴. En último término “la realidad de lo que es real depende del hecho real de que la investigación, si es llevada lo suficientemente lejos, está destinada al fin a conducir a que nos convenzamos de esa realidad”¹⁵.

Ahora bien, ese concepto de *realidad* producido por la lógica de la investigación está tan lejos del concepto trascendental kantiano como del concepto positivista comtiano de un mundo de los hechos. El sistema de referencia en el que emerge este concepto de realidad es un proceso de investigación que comienza con la problematización de las condiciones vigentes y que prepara así toda una estrategia para alcanzar concepciones no problemáticas que aspiren a ser concepciones definitivas, tarea que se consigue *eliminando las dudas y estabilizando las certezas*. Peirce es anticartesiano, es consciente de que no puede utilizar la duda metódica, que cuestiona la totalidad de nuestras concepciones como una opción real dentro del marco de investigación. El lugar de la duda universal debe ser ocupado por una duda potencialmente general, esto es, por un horizonte de creencias no problematizadas¹⁶. Tenemos que elegir

14. Es necesario pensar en qué consiste la realidad como objeto de la lógica de la investigación. Más allá de una definición abstracta, es preciso aceptar una definición operacionalista de realidad y de su contrapartida, la verdad. Cabe pensar que nuestra capacidad de equivocación y la de otros individuos pueda aplazar indefinidamente la opinión definitiva, o cabe pensar “que hasta pueden hacer que una proposición sea universalmente admitida mientras existe el género humano. Sin embargo ni siquiera esto cambiaría la naturaleza de la convicción, que sólo podría ser el resultado de una investigación llevada suficientemente lejos. Y si tras la extinción de nuestra especie debiese surgir otra dotada de capacidad y disposición para la investigación, entonces la verdadera opinión sería aquella a la que la especie podría llegar en última instancia”. (*How to Make our Ideas Clear*, 409. En *Collected papers of Charles Sanders Peirce*. Vol V. Edited by Charles Hartshorne and Paul Weiss. Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1974).

15. *Ibid.*

16. “El estado de duda es en sí mismo indeseable y requiere ser sustituido por un “estado de creencia” en el que las irritaciones puedan ir seguidas inmediatamente de la respuesta conductual adecuada. Es así como el organismo va desarrollando métodos para “fijar creencias”, esto es, va

como hipótesis a seguir en el proceso de investigación aquélla que soporte con más fuerza las críticas y contracríticas, sabiendo que nunca se alcanzará una validez definitiva y que siempre podrá ser puesta en duda en el futuro. No hay ningún punto de partida absoluto, ni ninguna base inamovible sobre la que pueda asentarse nuestro pensamiento acerca del ser de la realidad: “Es falso decir que el pensar debe basarse o en primeros principios o en hechos últimos. De hecho, no podemos remontarnos más allá de lo que somos incapaces de poner en duda; pero no sería filosófico asumir que un hecho particular cualquiera no pueda ser nunca puesto en duda”¹⁷.

b) *El conocimiento es mediación*

Peirce no es racionalista ni empirista. No cree ni en la evidencia de los “principios supremos”, ni en la evidencia de la “percepción sensible”. Ambos pertenecen al ámbito de la ilusión. Más bien se muestra kantiano, esto es, no existe en la especie humana una facultad intuitiva que nos acerque a los principios primeros o a los datos últimos sino que, por el contrario, la especie humana siempre se encuentra ante conocimientos mediados por otros conocimientos. *El proceso el conocimiento es discursivo en todos los niveles*. Peirce habla de una cadena de razonamientos en la que no hay ni principio ni fin. En cuanto individuo y en cuanto especie nos ponemos a pensar en esa *mediación*, en esa *discusión* de los procesos autorregulados de aprendizaje:

“Ni existen proposiciones fundamentales que puedan valer como principio de una vez por todas, sin ser fundadas por otras proposiciones; ni tampoco existen elementos últimos de la percepción que sean inmediatamente ciertos, independientemente de nuestras interpretaciones. Incluso la percepción más simple es producto de un juicio, es decir, de una conclusión implícita”¹⁸.

El objeto de la investigación científica es la realidad objetivada, es la realidad interpretada en conocimientos que expresen lo que la realidad es y lo

construyéndose hábitos que le permiten relacionar las distintas clases de irritaciones con aquellas acciones que producen los efectos deseados sobre la situación. Este paso de la duda a la creencia es la esencia de todo proceso de investigación, el cual siempre se origina en una demanda de acción por parte del medio exterior y culmina en la fijación de un hábito de conducta. Peirce utiliza los términos “irritación”, “duda”, “creencia”, “investigación”, en un sentido muy amplio, de tal manera que sean de aplicación en toda clase de contextos que involucren el enfrentamiento de un sujeto con un problema, desde el más trivial y cotidiano al más sofisticado, desde el sentido común a la ciencia”. (*Introducción a la teoría pragmatista del conocimiento*, Ángel Manuel Faerna, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid 1996, pp. 103-104).

17. *The Logic of 1873*. Ed. cit., 322.

18. *C.I.*, p. 103.

que la historia de la investigación ha pensado sobre ella. No podemos distinguir entre el en sí de la realidad y los contenidos pertenecientes a la corriente general de investigación en la que está inserta esa realidad. El ser de la realidad coincide con lo que se ha pensado sobre ella, con lo que implícitamente viene expresado en términos de lenguaje. La realidad es la suma de estados posibles de cosas transformados en predicados o categorías lingüísticas y es, al mismo tiempo, el conjunto de inferencias sintéticas expresadas en juicios sintéticos que afirman la estructura de la realidad. En cualquiera de los casos, es posible diferenciar *entre una realidad interpretada, conocida, operacionalizada*, en el marco de la investigación, y otra realidad que queda definida como *límite*, como no suficientemente interpretada, como cosa en sí, como algo confuso que está pidiendo ser categorizado en el marco de la investigación. Es a esa realidad a la que se dirige el proceso de la investigación. Ella es su objeto y su materia. Es esa realidad como problema la que permite el continuo proceso de investigación, la tendencia natural de la especie humana a la búsqueda de la verdad, al dominio de una realidad que, como el horizonte, siempre está más allá de nuestro alcance.

En *Concerning Certain Faculties* afirma Peirce: “como es imposible conocer intuitivamente que un conocimiento dado no viene determinado por uno precedente, la única forma de saberlo es por medio de una inferencia hipotética, a partir de hechos observados. Pero aducir un conocimiento por el que ha sido determinado un conocimiento dado, significa explicar las determinaciones de este conocimiento”¹⁹. La tesis fuerte de Peirce es que no podemos pensar con sentido algo así como hechos no interpretados, pero, al mismo tiempo, se trata de hechos que no se agotan en nuestras interpretaciones. La experiencia sobre la que construimos nuestro pensamiento está mediatizada por interpretaciones implícitamente vinculadas a inferencias, y estas inferencias, por rudimentarias que sean, están ligadas a signos que las representan. Incluso las percepciones se mueven en la dimensión de la representación mediante signos.

¿Cómo se produce el pensamiento? El pensar es el resultado último de un proceso que no tiene principio ni fin. Todo pensamiento es mediación, es interpretación de hechos mediante signos, si bien es verdad que nunca agotamos completamente la riqueza y complejidad con la que los hechos se nos presentan. Más allá de una identificación entre pensar y ser, entre pensamiento y realidad, propio del idealismo, el conocimiento es siempre discursivo. La base de nuestra experiencia está formada por las leyes lógicas del pensamiento y

19. “*Concerning Certain Faculties*”, 260, en *Collected papers of Charles Sanders Peirce*. Vol V. Edited by Charles Hartshorne and Paul Weiss. Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1974.

la aportación de informaciones, pero este proceso no es un círculo inmanente, sino que es activado por impulsos procedentes de la experiencia. Peirce no cae al modo idealista en la identificación entre pensamiento y realidad, no cae en la inmanencia idealista, sino que el pensamiento viene activado por impulsos externos.

Todo conocimiento es *discursivo* y pensar es una acción que se produce a través de una *mediación*: “Por lejos que nos remontemos de nuestras conclusiones a sus premisas, seguiremos prisioneros en el círculo de nuestras propias interpretaciones, pues incluso los datos aparentemente últimos se resuelven, a su vez, en interpretaciones”²⁰. El proceso en virtud del cual viejas concepciones que se han convertido en problemáticas se transforman en nuevas y reconocidas interpretaciones, es activado mediante lo que Peirce llama impulsos primarios independientes (*unabhängige Erstanlöser*) que ponen de manifiesto la *resistencia de la realidad* a falsas interpretaciones y la transformación de esa resistencia en estímulos susceptibles de generar procesos de pensamiento y conocimiento.

c) *La realidad como problema, como cosa en sí*

El concepto de *verdad* obtenido a través de la lógica de la investigación científica, que vincula la validez de los enunciados al método de obtención de un consenso no coactivo y permanente (método científico) que, sin ser definitivo, apunta a ello como su meta, conduce a un concepto de realidad que es preciso entenderlo en términos de *Teoría del lenguaje*, de acuerdo con el cual la *realidad* consiste en la suma de estados de cosas que se puedan representar en inferencias convincentes. De este modo, el ser de la realidad consiste en aquello que puede ser conocido en algún momento del proceso de la investigación, y la categoría de la “cosa en sí” va perdiendo su valor en la medida en que carece de sentido hacer un discurso sobre lo absolutamente incognoscible. Por el contrario, el desarrollo del proceso de investigación consiste en convertir en conocido y verdadero todo aquello que aparece en la esfera de lo cognoscible, y para lo que aún no hemos sido capaces de establecer redes del conocimiento.

El conocimiento es *mediación*, es siempre algo mediato, es mediación de la experiencia en la que está asumida la facticidad de la realidad y las múltiples cualidades particulares, y todo ello “en la inmanencia de un proceso de pensamiento que gira en torno a sí mismo”²¹. Pero en ese movimiento del

20. *C.I.*, p. 105

21. *Ibid.*

pensamiento no se agota la realidad, sino que para lo que aún no está mediado por símbolos, Peirce tiene que afirmar los *estímulos singulares primarios*, a los que “no puede atribuírseles ‘realidad’, aunque todos nuestros enunciados sobre lo ‘real’ estén fundados en cierto modo en ellos”²². El concepto de realidad que Peirce deduce de su concepto metodológico de verdad hace imposible la idea de algo absolutamente último e inmediato, que sea calificado como lo “no analizable, lo inexplicable, lo no intelectual, que discurre a través de nuestra vida como un flujo continuo”²³. No tiene sentido hablar de la “cosa en sí” en términos ónticos u ontológicos, sino que, *facticidad, realidad y multiplicidad cualitativa* deben estar ancladas en estados de conciencia inmediatamente presentes, si bien la multiplicidad cualitativa al referirse sólo a determinaciones privadas de un flujo continuo de la conciencia, no representa nada fuera de ella, es decir, no es nada real.

La especie humana, en todo momento, esta en posesión de ciertas informaciones, esto es, de conocimientos que han sido deducidos lógicamente por el método científico (inducción, abducción, deducción) de conocimientos anteriores, que son conocimientos menos claros, menos vivos, más confusos hasta llegar al *primero ideal*, que es completamente individual y que está completamente fuera de la conciencia. Ese primero ideal es la cosa en sí particular, pero no podemos decir que exista en cuanto tal. Es una mera hipótesis de trabajo, es un concepto límite. Esto es, no tiene sentido hablar de cosa-en-sí al margen de nuestro entendimiento, si bien es verdad que las cosas que no están en relación con nuestro entendimiento, pueden existir al margen de él.

Pues bien, los conocimientos que nos llegan a través de esta serie indefinida de inducciones e hipótesis son de dos tipos, a saber, verdaderos, aquellos que sus objetos son reales, y no verdaderos, aquellos cuyos objetos no lo son. De acuerdo con Peirce, lo real es un concepto que hubimos de encontrar cuando *nos corregimos por primera vez*, es decir, cuando tuvimos conciencia de la existencia de un no real, de una ilusión. La distinción entre ambos es la siguiente: un ente no-real es aquel que sólo está en relación con las determinaciones privadas internas, con las negaciones que provienen de la idiosincrasia. Por el contrario, un ente real, es aquel que está destinado a durar durante largo tiempo.

Es verdaderamente esclarecedora la discusión que Peirce lleva a cabo acerca de lo que es real en *Consequences of Four Incapacities*:

“En todo momento estamos en posesión de ciertas informaciones, es decir, de conocimientos que han sido deducidos lógicamente mediante inducciones

22. *L.c.*.

23. *Ibidem.*

e hipótesis, de conocimientos anteriores que son menos generales y menos claros y de los que tenemos un conocimiento menos vivo. Estos, a su vez, proceden de otros que eran todavía menos generales, menos claros y menos vivos, y así hasta lo primero ideal que es completamente individual y está completamente fuera de la conciencia. Este primero ideal es la cosa en sí particular (...) ¿Qué entendemos por real? Es un concepto que debimos adquirir por vez primera cuando descubrimos que existía un no real, una ilusión, o sea, cuando nos corregimos por primera vez. Ahora bien la distinción que viene exigida lógicamente en virtud sólo de este hecho, es la distinción entre un *ens* que está en relación con las determinaciones privadas internas, con las negaciones que provienen de la idiosincrasia y un *ens* destinado a durar largo tiempo. Lo real es, pues, aquello a lo que antes o después, llevarían finalmente la información y el razonamiento; y que es, por tanto, independiente de mis ocurrencias y de las tuyas”²⁴.

Peirce niega un concepto de cosa en sí en términos de filosofía trascendental, esto es, una realidad que afecte a nuestros sentidos, pero que bajos las condiciones trascendentales de la experiencia posible no sea más que fenómeno y no pueda ser conocida en sí misma. Lo real sólo puede ser predicado de los enunciados verdaderos, de ahí que ni siquiera el primero ideal, al que atribuimos la condición de fuente de flujos de informaciones, pueda considerársele como real, “pues frente a las determinaciones generales sobre las que puede conseguirse un consenso general, el flujo de las experiencias subjetivas es lo contingente. La verdad es pública”²⁵. Con la expresión la “verdad es pública” Peirce se refiere al hecho de que sólo las opiniones que valen con independencia de las idiosincrasias personales y que afirman su propia validez intersubjetiva contra las dudas, por muy reiteradas que sean, sólo esas representan estados de cosas reales. Lo que sólo vale privadamente, para sujetos individuales, de ningún modo puede referirse a lo real. De ahí que no se pueda atribuir existencia en sí a las expresiones singulares del sentimiento ni a las sensaciones, que son puramente privadas. Sólo en la medida en que desemboben en inferencias simbólicamente mediadas y se conviertan en elementos integrantes de interpretaciones, podrán adquirir contenido cognoscitivo y podrán ser consideradas verdaderas o falsas²⁶.

Ahora bien, ¿en qué consiste esa capacidad que tienen las cosas que están fuera de nosotros de afectar a los sentidos? Peirce no cae en las trampas

24. “*Consequences of Four Incapacities*”, 311. En *Collected papers of Charles Sanders Peirce*. Vol.V. Edited by Charles Hartshorne and Paul Weiss. Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1974.

25. *C.I.*, p. 106.

26. *C.I.*, p. 107.

de la teoría kantiana del conocimiento. La cosa en sí no es una hipóstasis, sin la cual sea imposible sostener la arquitectónica del sistema, sino que reformula el problema en su propio marco de referencia, esto es en la lógica de la investigación. La realidad, como resultado de la suma de todos los posibles predicados que aparecen en enunciados verdaderos, no está constituida por una conciencia trascendental en general, sino *por un proceso finito e indefinido de inferencias e interpretaciones*, esto es, por la suma de los esfuerzos colectivos de todos aquellos individuos que han participado alguna vez en el proceso de investigación. Se trata de un proceso, en el que la especie humana va conquistando un universo de convicciones válidas, esto es, un universo de convicciones reconocidas de forma universal y permanente. Así la capacidad de afectar a nuestros sentidos que nuestras vivencias ostentan, tienen, evidentemente, la función de problematizar las opiniones vigentes y de provocar la adquisición de convicciones no-problemáticas. De este modo, la afección de los sentidos, en la que se afirman la facticidad y la cualidad inmediata de la realidad es, por tanto, una incitación permanente para transformar las viejas interpretaciones en nuevas. En ese marco, a la fuerza afectante de las cosas podemos identificarla con el apremio de la realidad (*Realitätzwang*), que nos empuja continuamente a revisar los enunciados falsos y a producir verdaderos:

“Así, la afirmación de que hay objetos fuera de nosotros, que sólo pueden ser conocidos como objetos en cuanto que ejercen una fuerza sobre nuestros sentidos, no es distinta de la afirmación de que existe una corriente general en la historia del pensamiento humano que lo conducirá a un acuerdo general, a una conformidad universal”²⁷.

Así pues, el *apremio de la realidad*, materializado de múltiples modos, tales como la inmediatez cualitativa de las sensaciones, los sentimientos particulares, la realidad problematizada, lo que aún no es conocimiento, pero sobre lo cual es necesario seguir investigando, se convierte en el motivo que nos empuja y conduce a la construcción de una realidad entendida bajo la forma de enunciados verdaderos, que, sin ser definitivos, apuntan a ello como su meta. El apremio de la realidad es la hipótesis de la cosa-en-sí, materializada en aquello que nos incita y motiva a seguir investigando, y así ir convirtiendo en realidad (verdad definitiva) lo que aún son meros esbozos. En este sentido *el apremio de la realidad es un concepto complementario de la idea de proceso de investigación*. Frente a la realidad, como totalidad de

27. “Berkeley”, 12. En *Collected papers of Charles Sanders Peirce*. Vol. VIII. Edited by Arthur W. Burks. Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1966.

todos los estados de cosas que pueden ser conocidos, ese concepto expresa la desproporción que, de hecho, existe, en un momento dado, entre nuestras concepciones definitivas y la realidad. Así la conversión de los contenidos no intencionales de la conciencia en representaciones simbólicas se debe a una síntesis que habría que estudiar en el cuadro de una lógica del proceso de investigación. Pero, Peirce no agota completamente el recorrido que posibilita esa vía de investigación, sino que aborda ese problema en un nuevo marco, a saber, en el de un concepto de realidad fundado en la lógica del lenguaje.

3. Pragmatismo y círculo de la acción instrumental

El método científico es el único que conduce a opiniones verdaderas, entendiéndose por éstas las que producen el mayor número de éxitos. Peirce discute los otros tres métodos –método de la tenacidad, método de la autoridad y el método *a priori*. Cada uno tiene sus ventajas, pero todos quedan derrotados por el método científico, si el criterio de evaluación que se utiliza es el conseguir llegar a *opiniones definitivamente válidas*, es decir, a creencias que no resulten problemáticas, sino que estén confirmadas por la experiencia.

Recordemos que en Kant las determinaciones de la conciencia trascendental –espacio y tiempo, categorías, esquemas, principios– definen las condiciones de objetividad del conocimiento en general y, por supuesto, las construcciones de los juicios verdaderos –juicios sintéticos *a priori*–. Pues bien, la transformación que se produce en la lógica de la investigación científica de Peirce es la siguiente: el proceso de investigación, en su conjunto, que nos debe conducir a la construcción de juicios científicos –universales y necesarios–, a juicios comunicables, no se lleva a cabo sólo en un contexto lógico-formal, sino que se asienta en el *contexto objetivo de la vida*, en el que el proceso de investigación tiene que llevar a cabo tres funciones fundamentales, a saber, la estabilización de las opiniones, la eliminación de las incertidumbres, y la adquisición de verdades no problemáticas. Tal es el modo de fijación de las creencias –*fixation of belief*–. El contexto objetivo en el que los tres modos de inferencia (deducción, inducción, abducción) cumplen su función es la *esfera funcional de la acción racional con respecto a fines*.

a) Conocimiento y creencia

Denominamos *creencia* a un tipo de saber que nos sirve para orientar nuestro conocimiento respecto de ella:

“La creencia consiste principalmente en el hecho de que uno está dispuesto reflexivamente a dejarse guiar en su actividad por la fórmula de la que está convencido”²⁸.

“La esencia de la creencia.....estriba en el establecimiento de una forma de comportamiento, y las diferentes creencias se distinguen por los diferentes tipos de acciones a las que dan origen”²⁹.

Una creencia es una *regla de comportamiento*, pero no el comportamiento mismo determinado por la costumbre. La seguridad del comportamiento es el criterio de validez; de hecho una creencia no se la problematiza hasta que los modos de comportamiento que ella misma genera tropiecen con la realidad. En cuanto esta empieza a poner resistencias, surgen las dudas acerca de esas orientaciones: “La perturbación de los hábitos (*habits*) hace que surjan las dudas sobre las creencias correspondientes”³⁰. De ahí que sean las dudas la fuente para buscar y encontrar nuevas ideas, nuevas concepciones que establezcan el sistema de creencias, pues sólo el sistema de creencias verdaderas es el que puede definir el sistema de investigación en su conjunto. Entendemos por *creencias válidas* aquel conjunto de enunciados universales acerca de la realidad que se puedan convertir en *recomendaciones técnicas* acerca del comportamiento de la naturaleza. Se convierten en la base de toda prognosis. Toda creencia debe poderse convertir en un enunciado condicional cuya apódosis esté en modo imperativo (“si se dan determinadas circunstancias concomitantes, entonces se producirá esto o aquello”). Tal es el principio central del pragmatismo o del pragmaticismo.

De este modo, ante la cuestión fundamental de *cómo es posible el progreso científico*, el pragmatismo de Peirce da una respuesta consistente en la legitimación de la validez de las formas sintéticas de inferencia a partir del contexto trascendental de la acción instrumental. El proceso argumentativo es el siguiente: las creencias válidas se convierten en conceptos, que se pueden desarrollar (transformar) en juicios sintéticos universales que tienen la forma de *hipótesis nomológicas*, que es preciso interpretar a partir de las *consecuencias* que se puedan derivar de ellos en forma de *pronósticos condicionados*. La corrección y ampliación de estos conceptos se mueve en procesos de inferencia en los que *abducción*, *deducción* e *inducción* se complementan y presuponen mutuamente. El objetivo de toda hipótesis nomológica es la seguridad y la ampliación de la actividad controlada por el éxito:

28. “*Lectures on Pragmatism*”, 27. En *Collected papers of Charles Sanders Peirce*. Vol.V. Edited by Charles Hartshorne and Paul Weiss. Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1974.

29. *How to Make our Ideas Clear*, Ed. cit. 398.

30. *C.I.*, p. 128.

“Su finalidad (de la hipótesis) es la de conducir tras someter a la prueba del experimento, a la eliminación de cualquier imprevisto y a la creación de un hábito de espera positiva que no quede defraudado”³¹.

Así pues, los modos de inferencia no están integrados meramente *a posteriori* en la esfera funcional de la actividad instrumental, sino que es esa esfera la que representa las condiciones de validez de esos modos. Peirce hace hincapié en el hecho de las intrínsecas relaciones entre lógica y acción vital. La lógica de la investigación científica tiene sus raíces, sus funciones y sus desarrollos en un contexto vital. De ahí que se pueda afirmar que las formas lógicas pertenecen también categorialmente a los procesos fundamentales de la vida, en el marco de los cuales asumen funciones. Es desde esta perspectiva desde la que Peirce puede concebir los tres modos de inferencia como *funciones de un proceso vital*. Comparadas con las funciones vitales del ser humano, abducción, inducción y deducción aparecen descritas del siguiente modo:

1. Si tenemos en cuenta que la tarea de la abducción es, ante un resultado imprevisto, buscar una regla apropiada que permita encontrar un caso mediante el que se pueda explicar ese comportamiento, se puede afirmar que a ese tipo de acción corresponde el *elemento sensorial*, pues los datos de los sentidos sólo son inmediatos en apariencia, y sólo pueden ser identificados por *mediación* de los procesos de inferencia.
2. La *inducción* tiene la tarea de asegurar la *predicción* del acontecimiento (resultado-regla) a partir de los casos particulares (condiciones iniciales). De ahí que Peirce asigne a esta forma de actuar el *elemento habitual*. La explicación es la siguiente: las hipótesis nomológicas que subyacen a la acción racional con respecto a fines (*zweckrationalen Handeln*), están sometidas a una comprobación permanente, pues sólo en la medida en que pasan el tests de la duración, pueden quedar sedimentadas en *hábitos de comportamiento*.
3. La *deducción* tiene la tarea de obtener resultados (regla más uso continuado de la regla) a partir de las reglas (hipótesis nomológicas) y los casos (número finito de casos particulares). A partir de ahí tiene

31. *Lectures on Pragmatism*, 197. En *Collected papers of Charles Sanders Peirce*. Vol.V. Edited by Charles Hartshorne and Paul Weiss. Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1974. Peirce, Ch. S, *Lectura del pragmatismo*, V, p. 197.

que proponer *pronósticos condicionados*, o lo que es lo mismo, asegurar el progreso del conocimiento a través de hipótesis nomológicas. Este tipo de comportamiento se corresponde con el *elemento volitivo* (decisión). *Pronosticar es decidir y ello es fruto de una deducción*. La deducción tiene la forma de una decisión, pues la conclusión a la que conduce es una reacción del comportamiento, resultante de la aplicación de una regla general a un caso particular.

b) *Especie humana y esfera de la acción instrumental*

Lo que Peirce intenta comunicar es que la acción instrumental, entendida como el espacio lógico-empírico en el que se mueve la especie humana, nos lleva a asociar a la abducción con la identificación de las condiciones de una acción dada (caso), a la inducción con la habituación a las reglas, gracias a la comprobación empírica continuada, y a la deducción con el ejercicio mismo de la manipulación técnica posible en la que se produce la acción instrumental. Pero la conexión entre los procesos simbólicos de inferencia y los procesos factuales de la actividad humana sólo alcanza su verdadero relieve y sentido si entendemos la actividad instrumental como el control (preparación) de las condiciones externas de la existencia, control que sólo puede ser adquirido y ejercitado en las condiciones de un *proceso acumulativo de aprendizaje*. Habermas expone este proceso acumulativo de la especie humana, en su devenir cultural e histórico, del siguiente modo:

“Toda actividad según reglas técnicas, es al mismo tiempo una puesta a prueba de estas reglas (deducción), todo fracaso de una actividad de resultado controlado es al mismo tiempo la refutación de una hipótesis (inducción), toda reorientación de un sistema de comportamiento que se ha visto perturbado representa a la vez una ampliación de un poder de disposición técnica (abducción) ejercitado hasta entonces y es resultado de un proceso de aprendizaje”³².

En la relación sujeto-naturaleza, la especie humana se mueve en el círculo de la acción instrumental, en la medida en que adapta la naturaleza al hombre mediante el ejercicio de la técnica. Ese dominio de la naturaleza tiene en cuenta los tres momentos o condiciones que siempre están presentes en nuestra vida, a saber, la confirmación de lo existente que nos permite seguir pensando y viviendo (deducción), las múltiples refutaciones de la experiencia que tienen la virtud de obstaculizar el curso de la vida al mismo tiempo que

32. *C.I.*, p. 132.

generar nuevas formas de estar en el mundo (abducción), ampliando la esfera de la existencia a partir de las múltiples posibilidades de progresos que presentan las distintas formas culturales de la vida humana (inducción). Existe, pues, en *fiel paralelismo entre el curso vital* en el que usamos nuestras creencias para nuestra propia afirmación y negación de la realidad y, como consecuencia, la creación y emergencia de nuevas reorientaciones que nos hacen progresar, y *el hecho mismo de la ciencia* –aplicación de hipótesis nomológicas, refutaciones particulares de tales hipótesis, creación de hipótesis innovadoras que permitan continuar la investigación científica–. Si la especie humana ha sido capaz de sobrevivir y de superar todo tipo de adversidades desde hace más de 400.000 años, es porque ha sabido *seleccionar* en cada momento la hipótesis innovadora que mejor ha sabido orientarla hasta nuestros días a través del propio proceso de antropogénesis (historia natural) y del propio proceso de formación/culturalización –la especie humana en búsqueda de lo mejor–. Ciertamente que esa evolución cultural está llena de fracasos, tanto en el ámbito de la acción instrumental como en el ámbito de la acción comunicativa, pero el hecho es que ha sabido sobrevivir a ello creando un sistema de compensación, generando constelaciones de ideas que la han protegido de los males de la naturaleza (terremotos, maremotos, tsunamis, enfermedades de todo tipo...) y de los males de la cultura (persecuciones, guerras, catástrofes de todo tipo derivadas de la civilización y del mismo progreso...).

4. Lenguaje y realidad: el problema de la multiplicidad y la función cualitativa

Veamos, ahora, el punto de vista lingüístico. La argumentación de Peirce es absolutamente nítida y bien construida: si definimos la realidad como la totalidad de los posibles enunciados verdaderos, y estos enunciados son representaciones simbólicas, ¿por qué no explicar la estructura de la realidad a partir de la estructura del lenguaje? La conversión de los contenidos no intencionales de la experiencia en representaciones simbólicas es abordada, así, en el plano de un concepto de realidad fundado en la lógica del lenguaje. Si definimos la realidad como la suma de los posibles enunciados verdaderos, y si esos enunciados verdaderos son representaciones simbólicas, tiene que ser posible explicar la estructura de la realidad a partir de la estructura del lenguaje. En este sentido, Peirce atribuye al lenguaje tres funciones: función significativa, función denotativa, y la pura función de cualitativa³³.

33. “En consecuencia, existen tres elementos del pensamiento: primero la función representativa que hace de él una *representación*; segundo el empleo puramente denotativo o la

1. *Función significativa.* Consiste en la función representativa del conocimiento simbólicamente mediado. Peirce llama *reales* a los significados de todos los predicados que aparecen en proposiciones verdaderas. Los objetos individuales a los que se atribuyen tales predicados son los *denotata*. Expresa el contenido significativo del lenguaje, esto es las relaciones universales que forman su contenido significativo. El signo aparece aquí como un símbolo que representa una realidad extramental.

2. *Función denotativa.* Se menciona aquí ese momento de la realidad que no puede entrar en el contenido predicativo de los enunciados acerca de la realidad. Atiende así a la facticidad de la realidad, a la que no corresponde ningún contenido lingüístico pero a la que se asigna la *función índice del lenguaje*. En el empleo denotativo de un signo queda atestiguada la facticidad de los hechos, esto es, la pura incursión de una existencia que se presenta al sujeto sin mediaciones. El signo aparece aquí como un *índice* que señala un objeto.

3. *Función cualitativa:* Peirce introduce una tercera categoría del lenguaje a la que llama “la pura cualidad material”. Como tal, atiende a lo inmediato, al contenido de experiencia no intencional que necesita ser mediado por el lenguaje para que se convierta en representación simbólica. Alude a sensaciones particulares no objetivadas. Con ello se refiere a sucesos singulares, estados de conciencia que no tienen ningún contenido significativo, sucesos psíquicos sin capacidad de representación, mediante los cuales un organismo reacciona ante un entorno. Distingue Peirce, o más bien considera a las sensaciones bajo una doble perspectiva, a saber, como *emotions*, esto es, como motivos inmediatos que no tienen ningún contenido emocional, como acontecimientos psíquicos particulares que pertenecen a procesos orgánicos de la vida (cualidad material de una representación), y como *feelings*, que representarían las expresiones generalizadas de los sentimientos, esto es, los contenidos cognoscitivos que entran en

conexión real, que pone un pensamiento en relación con otro; y tercero la cualidad material o el sentimiento del ser-así, que da al pensamiento su *cualidad*. (*Consequences of Four Incapacities*. Ed. cit. 290). En otro texto encontramos lo siguiente: “pues un signo, en cuanto tal, tiene tres referencias: en primer lugar es un signo *en relación con* un pensamiento que lo interpreta, en segundo lugar es un signo de un objeto para el que es el equivalente de aquel pensamiento; en tercer lugar es un signo *en* un aspecto o cualidad que lo pone en relación con su objeto” (*O.c.*, 283.)

el proceso de la inferencia mediada por signos. De hecho, la sensación, en la medida en que represente algo está determinada por estos tipos de conocimientos.

La función denotativa del lenguaje no agota por completo el ámbito ocupado por la *afección de nuestros sentidos por las cosas externas*. De ahí que Peirce proponga una nueva función del lenguaje a la que denomina cualidad o sentimiento del *ser-así* de las cosas, que tenga como tarea dar cuenta de esos contenidos no intencionales de la conciencia que, sin embargo, están pesando y presionando en las expresiones lingüísticas. Habermas lo explica del siguiente modo:

“El apremio de la realidad no se manifiesta solamente en la resistencia de las cosas en general, sino en una específica resistencia contra *determinadas* interpretaciones. Además de la facticidad de las cosas, este apremio incluye una dimensión de contenido sin el que no es ni siquiera pensable el suministro de informaciones”³⁴.

Mediante la cualidad se expresa el sentimiento de *ser-así* de las cosas, su *cualidad material*. Estamos ante la función icónica del lenguaje mediante la que se convierte en un signo “en un aspecto o cualidad que lo pone en relación con su objeto”³⁵. Ahora bien, si entendemos la cualidad como una propiedad de los signos lingüísticos, y la purificamos del contexto en el que es empleada como icono, resulta que esta categoría ya no describirá ninguna función del lenguaje, ni contribuirá en nada al esclarecimiento del concepto de realidad. La cualidad sólo tiene significado como categoría lingüística en la medida en que reemplaza a lo inmediato, al contenido de la experiencia no intencional, cuya única tarea es la de quedar mediada para convertirse en representación simbólica. Con el concepto de cualidad, Peirce se está refiriendo a sensaciones particulares que, en sí mismas, son absolutamente irracionales. Lo individual, lo particular, lo que no entra en el sistema de comparaciones es irracional, incognoscible e inexplicable:

“Todo lo que, en modo alguno puede compararse con cualquier otra cosa es completamente inexplicable, porque la explicación consiste en situar las cosas bajo leyes generales y bajo clases naturales. En consecuencia, todo pensamiento, en la medida en que es un sentir de tipo particular, es sencillamente un hecho último, inexplicable”³⁶.

34. *C.I.*, p. 109.

35. *C.I.*, p. 110.

36. *Consequences of Four Incapacities*. Ed. cit, 289.

Así pues, en cuanto sucesos singulares, los estados de conciencia no tienen ningún contenido significativo. Son simplemente acontecimientos psíquicos mediante los que un organismo reacciona ante un entorno. No representan nada. Habermas apunta al hecho de que esta tesis ontológica no está en contradicción con la tesis metodológica, en conformidad con la cual sólo se pueden admitir interpretaciones, nunca hechos desnudos. Nunca podemos asir la sensación en el momento en que está presente, sino que la restituimos en forma de inferencias, no la descubrimos en su especificidad, sino como algo que está presente a la conciencia. “Pero, en cuanto algo presente, todo sentimiento es igual a otro y no requiere ninguna explicación ya que sólo contienen lo que es general”³⁷. Por tanto, lo inexplicable no es, en modo alguno, lo que podemos decir de los sentimientos, sino sólo lo que no podemos conocer reflexivamente. Ningún pensamiento-sentimiento actual presente tiene significado alguno, valor alguno, porque el significado no está en lo que es pensado *actualiter*, sino, muy especialmente en aquello en lo que este pensamiento puede estar en conexión con otros pensamientos. El significado de un pensamiento es, pues, algo virtual.

Es en este marco en el que Peirce llega a distinguir, como ya hemos apuntado, entre expresiones generalizadas del sentimiento (*feelings*) y los movimientos emotivos inmediatos (*emotions*), que no tienen ningún contenido emocional ni ninguna capacidad de representación. Del mismo modo, aparece una doble consideración de las *Empfindungen*, a saber, como acontecimientos psíquicos particulares pertenecientes a los procesos orgánicos de la vida, definidas no como representaciones, sino como fuerzas inexplicables, ocultas que podrían ser consideradas como la *cualidad material de una sensación*, y como contenidos cognoscitivos pertenecientes al proceso de las inferencias mediadas por signos. Sólo a estas últimas denominamos sensaciones representativas, las cuales son determinadas por conocimientos anteriores y son los que empujan y determinan el surgimiento de significados reales. La cuestión aparece planteada desde la dialéctica que se produce entre los acontecimientos psíquicos singulares y las sensaciones constitutivas de representaciones:

“La sensación singular no es una representación sino sólo la cualidad material de una representación. Pues de igual manera que para el lógico que infiere lo definido a partir de la definición le es indiferente el sonido de la palabra definida o el número de letras que tiene, así también en el caso de esta palabra determinada, por nuestra constitución, no existe una

37. *Ibid.*

ley interna que determine el sentimiento que dicha palabra debe suscitar en cuanto tal. Por eso el sentir, en cuanto sentimiento, no es otra cosa más que la *cualidad material de un signo mental*³⁸.

Peirce intenta explicar la relación que se produce entre el contenido no intencional de la experiencia y la 'representación' simbólica según el modelo del lenguaje, relación que es similar a la que guarda el substrato material de un signo y su contenido simbólico. Sin embargo, el concepto de realidad, definido en términos de teoría del lenguaje en sus dos dimensiones, a saber, como la totalidad de todos los significados verdaderos (representación) y como lo común a todas las denotaciones pertinentes (facticidad), no basta para hacer comprensible cómo los procesos de pensamiento transforman los contenidos de información que afluyen de forma pre-simbólica. Debemos tener en cuenta que las inferencias sintéticas que dan lugar a opiniones verdaderas, se alimentan de sensaciones y sentimientos singulares, y señalan no sólo si un hecho está presente, sino qué hecho está presente. Este sustrato de cualidades inmediatas trasciende el concepto de realidad de la lógica del lenguaje. La solución a este problema tiene que venir dada por dos caminos complementarios, que escapan a los límites específicos de este trabajo y que serían los siguientes:

1. O bien mediante una ampliación ontológica del concepto de realidad, en la dimensión del lenguaje. Y aquí nos encontraríamos con el problema de los universales.
2. O bien mediante el análisis del concepto de realidad en el marco de la lógica de la investigación, en cuyo caso, su tarea consistiría en el análisis de las reglas lógicas de la inferencia en el contexto objetivo del proceso de objetivación, como reglas de la constitución de un mundo (inducción, abducción, deducción).

Antonio M. López Molina
Departamento de Filosofía IV de la UCM
amlm@filos.ucm.es

38. *Collected papers of Charles Sanders Peirce*. Vol. I, 191. Edited by Charles Hartshorne and Paul Weiss. Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1974.